

Para ti ¿qué son las fronteras?

Un problema sin dolientes

El problema de las fronteras no tiene solución porque ni siquiera está realmente planteado. Es decir en Venezuela no existe un sujeto social que se haga cargo realmente de las fronteras. Por eso los acuciosos estudios de los expertos y las voces de algunas personalidades caen en el vacío.

Las fronteras incumben a la sociedad civil, al Estado, al gobierno y a las Fuerzas Armadas. Ante todo a la sociedad civil, porque lo primero que hay que hacer con las fronteras es ocuparlas. Y sin embargo en nuestro país el movimiento centrípeto (de confluencia sobre las grandes ciudades y sobre todo Caracas) prevalece de tal modo sobre el centrífugo (de expandirse por todos los rincones del territorio nacional) que se puede decir que lo torna absolutamente insignificante. En nuestra historia republicana los venezolanos no hemos sido colonos ni pioneros, como sí lo son hasta hoy nuestros vecinos brasileños y colombianos. El decir popular "Caracas es Caracas y lo demás, monte y culebra", expresa bien esta sensibilidad. Una de las características más acentuadas del proceso de modernización (tal como se ha dado entre nosotros) consiste precisamente en la concentración de los venezolanos en las ciudades, en un grado no igualado por ningún otro país latinoamericano, siendo así que cuando se inició el proceso éramos de los países más netamente rurales de América Latina. Esto tiene que ver con el modelo rentista de nuestro desarrollo, pero tiene raíces mucho más profundas. Si por lo que sea no existe este espíritu pionero, y el país (y concretamente sus fronteras) está medio vacío, hay que despertar esas energías. Porque mientras las fronteras no se ocupen efectivamente, todos los títulos históricos y legales que poseemos adolecerán de esa debilidad sustancial de no ejercer el derecho, que es deber, de ocuparlas y hacerlas producir.

Las fronteras incumben también al Estado: en ellas tienen que hacerse presente de modo privilegiado los servicios de educación, salud, vialidad y facilidades para la obtención de créditos, insumos y comercialización, de modo que los pioneros y colonos resulten estimulados en su ardua empresa que tanto importa al interés nacional. Es obvio que sucede exactamente lo contrario.

Si el Estado está tan débilmente implantado en nuestras fronteras debería ser política del gobierno promoverlo. Pero esta política no existe, ni siquiera a nivel declarativo: de las fronteras no salen votos, que es lo único que importa seriamente.

Una dimensión del Estado es garantizar la seguridad de las fronteras y preservar la integridad del territorio nacional. Las FF.AA. han mostrado alguna sensibilidad en este punto, sobre todo a propósito de la soberanía del golfo de Venezuela. Pero, si juzgamos por su presencia permanente y articulada, podemos concluir que las fronteras no están entre sus prioridades. Esto es más llamativo en la Guardia Nacional que pura y simplemente no tiene capacidad hoy por hoy para cumplir con esa función específica asignada a ella. La matanza de la sierra de Perijá por incapacidad logística y la permanencia de miles de garimpeiros durante varios años a 200 kms. de la frontera dentro de nuestro territorio, sin que al parecer se percataran nuestras Fuerzas Armadas, son dos muestras de hasta qué punto están desasistidas nuestras fronteras.

Se puede afirmar que en la mitad de nuestras fronteras únicamente los misioneros han mantenido una presencia estable y responsable, cargando ellos solos con un problema brutal que ni el Estado ni la sociedad civil estaban dispuestos a echar sobre sus hombros.

Además cada frontera tiene una problemática específica: La especificidad de La Goajira son los goajiros. Naturalmente que en la Goajira también hay criollos de larga data, que habrán de ser tenidos en cuenta; pero nada se resolverá mientras los goajiros no ocupen el centro de la escena, como les corresponde. Los goajiros son venezolanos y colombianos, pero más aún los goajiros son goajiros. Mientras Venezuela y Colombia no reconozcan al pueblo goajiro como una unidad indivisible y no propicien su articulación como pueblo y su desarrollo endógeno no habrá seguridad en esa frontera, ya que el estado actual de violencia institucionalizada contra el pueblo goajiro es el principal causante de la violencia. Gracias a Dios se van dando pasos, con la participación de sectores cualificados (como son las universidades del Zulia y Barranquilla y otros organismos regionales) hacia la reunificación del pueblo goajiro, pues, sólo si se logra, se podrá organizar establemente ese espacio humano e intercambiarse armónica y dinámicamente con la sociedad criolla.

Entre el Táchira y Norte de Santander sí existe desde antiguo una sociedad civil integrada. Sólo intereses no regionales pueden crear diferencias artificiales. Lo lógico es el

Muchos problemas pendientes

¿Puentes o confines?

intercambio fluido e intenso. Pero para eso la región, a nivel de los dos países, debe prevalecer sobre intereses ajenos a la misma que distorsionan el espacio económico y cultural. Coincide que los actuales presidentes de Venezuela y Colombia son ambos de esa zona. Sería deseable que esa circunstancia fuera aprovechada para poner bases estables para restaurar e incluso acrecentar esa integración histórica.

El caso del Llano es patético. El Llano no conoce fronteras. Para los llaneros no ha sido frontera el Arauca. Pero los Llanos, tanto venezolanos como colombianos, están siendo "invadidos" por andinos que desalojan a los llaneros y cambian drásticamente la geografía humana y económica. En este horizonte hay que situar la masacre de El Amparo y las demás. Las cercas, con las que soñara Rómulo Gallegos a través de Santos Luzardo, están sirviendo para expulsar de los Llanos a Pajarote y a los llaneros de su estirpe. En este caso las FF.AA. contribuyen a fomentar la inseguridad al apoyar abierta o solapadamente a estos terrópagos que tienen poder para desalojar e incluso matar; pero no capacidad para producir vida y desarrollo.

En gran parte de las fronteras del Territorio Federal Amazonas, el Edo. Bolívar y la sierra de Perijá han logrado subsistir los indígenas, arrinconados allí por la expansión del mundo criollo. A ellos nos referimos en el Editorial de septiembre-octubre pasado. Mientras el Estado se muestra incapaz de definir el estatuto de estos territorios y de sus habitantes, la penetración de los mineros y la presencia (todavía incipiente) de desarrollos turísticos y de hacendados empieza a desarticular y degradarlo todo.

Común a todos los casos es lo poco que es tomado en cuenta el habitante de cada frontera y la precariedad jurídica en que el pueblo de cada una de ellas se encuentra respecto de la posesión de la tierra. Ni los planes de desarrollo (tal vez el Táchira sea una excepción hasta cierto punto) ni los de seguridad se basan en los hombres de la tierra. Para los que planean desde el centro ellos son una magnitud despreciable. Y por eso sus planes no inciden sobre la realidad.

En parte el hombre de la tierra no es tomado en cuenta por el carácter clasista de nuestra sociedad para la que los de abajo son destinatarios de servicios pero no sujetos históricos. Pero hay además otra razón: para los venezolanos arrinconados en las ciudades que diseñan la "política" de fronteras y para el hombre común de la calle las fronteras son lo último, lo remoto, lo que se ve en los mapas o en algún documental, pero lo que nunca se espera ni se desea ver con los propios ojos ni caminar con los propios pies ni menos aún habitar. Según la proverbial frase que recogió Gallegos en Doña Bárbara, las fronteras estarían: "más lejos que más nunca". Si esto es así, la política de fronteras consistiría en no tocar las fronteras, preservándolas como tierra de nadie donde nada sucede, como un paisaje "sobre el cual reinara todavía el primaveral espanto de la primera mañana del mundo" (Canaima). La mayor parte de los venezolanos se apuntarían a este ecologismo romántico, de moda en el primer mundo, que reclama estos espacios vírgenes en esas regiones ignotas, para que se preserve así el equilibrio total del planeta. Para esta mentalidad, los misioneros serían los cuidadores y preservadores, casi a nivel de jardineros, del "insólito morador de aquel mundo inconcluso" (Canaima), es decir, del indígena.

Si las fronteras son para ser habitadas por las aguas y el viento, es lógico que sean las FF.AA. quienes se hagan cargo de ellas vigilándolas para que nada turbe el sopor del silencio y de la soledad. De ahí que, al abandonarlas el Estado y la sociedad civil, las fronteras se hayan reducido a un asunto de incumbencia militar: alejar a los intrusos de nuestro suelo.

Esta visión miope debe ser superada a causa de su deficiencia intrínseca; pero también porque está absolutamente rebasada por los hechos. Porque en primer lugar, como dijimos, no la comparten nuestros vecinos que sí ocupan y pueblan las fronteras y, obviamente las traspasan afincándose en nuestro lado; y porque en segundo lugar mineros, hacendados y promotores de turismo están llegando a ellas desde nuestro territorio. Los misioneros no pueden contener a estos invasores. El estatuto de misiones está vigente en las leyes, pero no se cumple ni se sustituye por otro que tenga en cuenta todos los intereses en juego. Es obvio que los resguardos indígenas deben ser demarcados precisamente de modo que el territorio por el que realmente circulan se reserve para su exclusivo dominio inamisible. El resto del territorio debe ser dedicado a usos de poblamiento y explotación económica, en la medida en que lo posibilite el ecosistema y bajo medidas de estricta vigilancia. Pero ¿existe en nuestro país el sujeto social que quiera llevar a cabo estos desarrollos económicos y tenga capacidad para ello? ¿Estará realmente interesado el Estado en crear la infraestructura mínima que los haga posibles?